

## El Sahara español

Todo cuanto hemos dicho del sistema puesto en práctica en Guinea Ecuatorial puede ser perfectamente aplicado a la colonia del Sahara Español, por supuesto con sus propias particularidades. No hace falta que nos entretengamos demasiado en los milenarios intereses peninsulares sobre las costas tingitanas y mauritanas. Los marinos de Gades realizaban el comercio mudo con los hombres negros, los “etíopes”. Griegos y cartagineses se enfrentaron en Himera por el comercio en las costas atlánticas. El poderío romano heredó y amplió las rutas, incluso adentrándose en el desierto. La fracción germano-vándala, expulsada por la visigoda, gobernó cerca de dos siglos sobre la Mauritania romana. El califa Abderramán III desplegó un protectorado hasta la altura del río Draa y Sijilmasa. Los reinos católicos de Portugal y España se hicieron con el control estratégico de los mejores enclaves pesqueros y comerciales del Atlántico. Pero tampoco debería ser necesario recordar las ambiciones expansionistas de los reyes saaditas hacia el sur, en vista de que España y Argelia les resultaban impracticables. Baste recordar que Muley Ahmed al-Mansur envió durante años expediciones que incluso traspasaron el río Senegal y que la ruta occidental quedó durante años bajo jurisdicción marroquí.

En cuanto a los tiempos modernos, ya habíamos mencionado que mediado el siglo XIX el general Faidherbe contempló la idea de unir las posesiones francesas de Senegal y Argelia por medio de vía férrea. Con este objetivo entró en tierras mauritanas para enfrentar una resistencia que le hizo descartar por imposible la ocupación del desierto. En aquellos años España tenía instalado un puesto comercial en la pequeña península de Río de Oro, en el lugar llamado Dajla posteriormente bautizado Villa Cisneros. Desde aquel momento el gobierno de Madrid se planteó la ocupación de las regiones colindantes con intenciones puramente mercantiles. Un pequeño grupo de geógrafos, militares y empresarios, temiendo quedar relegados en la carrera de las exploraciones, fundaron en Madrid la Asociación Española para la Explotación de África en 1877, por medio de la cual intentaron convencer al primer ministro Cánovas del Castillo de la necesidad de una expedición en el Sahara. En los años siguientes se sumarán al proyecto importantes personajes de la vida pública y antiguas corporaciones, como Joaquín Costa al frente de la Sociedad Geográfica, o aparecerán nuevas, como la Sociedad Española de Africanistas y Colonialistas. Con ideas poco claras y todavía indeciso, en 1884 el malagueño Cánovas decidió cofinanciar una gran expedición científico-comercial, completada por iniciativa de grandes empresarios de la banca y la industria. Las fechas son significativas. Cuatro años antes el conservador Cánovas había firmado la abolición de la esclavitud, a pesar de posicionarse por el respeto a las posesiones humanas, y al año siguiente, mientras las potencias se sentaban alrededor de la mesa de Berlín, los españoles estaban desembarcando equipo en la ensenada de Villa Cisneros, demostrando su interés en el territorio.

Desde tiempos remotos esta región, donde el desierto intenta inútilmente cubrir las aguas del océano, estuvo habitada por pastores de cabras y camelleros nómadas conocidos con el nombre general de beréberes sanhajas. Pertenecen al grupo lingüístico de los afroasiáticos pero no son árabes, aunque hablen la lengua *hassaniya* y ellos mismos lo crean. Su origen estuvo en las culturas pastoriles politeístas del Sahara expulsadas por la desertificación. Más tarde el camello les hizo profesionales expertos del transporte. La verdadera influencia del mundo árabe y musulmán se produjo, no en el siglo VIII como dicen los libros, sino a partir del siglo XI con la aparición del movimiento Almorávide en una rábida cercana al río Senegal. Anteriormente las tres principales cábilas sanhajas, lemtuna, yodala y masufa, habían permanecido escasamente islamizadas, visitadas todo lo más por

mercaderes ibaditas que contaban historias sobre grandes califas y bellos jardines con surtidores inagotables situados en hermosas ciudades como Córdoba. Desde Al-Ándalus llegó la estética con la que se construyeron las viviendas y mezquitas de los núcleos caravaneros de Wadán y Chinguetti, donde todavía hoy se conservan manuscritos medievales que la UNESCO considera Patrimonio de la Humanidad. La costumbre de considerarse árabe puede explicarse por la generalizada obsesión musulmana de creerse descendiente del Profeta, o bien de pertenecer a alguno de los linajes que protagonizaron la mítica expansión militar de un islam conquistador que nunca existió en África. Con posterioridad a las crónicas de conquista redactadas en el siglo IX, la historia escrita en árabe nos habla de la emigración masiva de uno de los clanes yemeníes, descendiente de un sobrino del Profeta, hacia Libia y el Magreb a partir del siglo XIII. La aportación de su lengua aclara la amplia utilización de los dialectos del árabe conocidos como *hassaniya* en la región occidental del Sahara. Estos beduinos de la familia Banu Hassan, comúnmente conocidos como tribus *maqil*, emigraron hacia el oeste a lo largo del norte de África hasta instalarse en el Marruecos de los merinidas, amenazando la estabilidad del trono. Se cuenta que Abu Yusuf los expulsó más allá del río Draa en el siglo XIV, donde se mezclaron entre las cábilas beréberes locales. Por norma general se suele aceptar que los recién llegados se impusieron y sustituyeron la cultura y la lengua de los residentes, pero esto, aun siendo discutible, no borra los orígenes del lógicamente mayor grupo que recibió la inmigración.

La especialización de los sanhajas era imprescindible para el correcto funcionamiento de las rutas comerciales que unieron *Bilad as-Sudán* con el Magreb. Mucho antes de que naciera el rey beréber Boco I, aquel que casó a su hija con Yagurta, aquellos territorios occidentales eran conocidos como Mauritania. Con la llegada de la lengua árabe, los sanhajas quisieron diferenciarse de los hombres del País de los Negros, los *lakwar*, sus tradicionales esclavos, aludiendo al área de nomadeo con el nombre de *Trab al-Bidán*, la tierra de los *bidani*, los hombres blancos. Todo así cobra coherencia en la tradición oral que recibió Mahmud Kati de su familia materna. El reino de Magán Kaya, dice en el *Fetassi*, la antigua Ghana, fue fundada por hombres blancos. La inmemorial práctica de pastoreo y desplazamientos en busca de pozos era conocida como *al-badía*, la arriesgada y austera existencia en el desierto, escuela de místicos y escenario prodigioso. Habitar sus inmensos espacios, la vida entera por extensión, era "estar en el *badía*". Cuando dos beduinos se saludan, la pregunta de cortesía obliga: ¿Cómo te va el *badía*? Pero aquellas familias de hombres permisivos que portan *litam* y desvergonzadas esposas hermosas y blanquísimas, según las descripciones de Ibn Batuta, no solo vivían del pastoreo, el transporte y el comercio. Eran frecuentes los enfrentamientos con grupos vecinos y las *razzias*, que ellos llaman *al-ghazzi*, sobre todo en épocas de sequía, generalmente entrando de improviso en las ciudades de los agricultores negros, aunque de hecho esta actividad guerrera tenía un carácter limitado y estaba estrictamente regulada. La destrucción del poblado no era ni precisa ni posible. Más práctico y menos arriesgado era tomar algo de grano, ganado y un par de jóvenes, para poner rápido tierra de por medio. Por supuesto, el momento preferido del *ghazzi* estaba de regreso a las jaimas del campamento nómada con las bandejas de dátiles, el agua y la comida preparada. El bardo del grupo cantaba las proezas de la hazaña, resaltando el arrojo de sus compañeros en forma de poesía épica laudatoria. Hacía una crónica detallada de tal o cual anécdota, entonaba lamentos por los caídos, exaltaba las cualidades guerreras de los miembros de su cábila. Las mujeres entonces se dirigían a sus esposos y héroes entonando las *tebráe* de versos cortos, expresivos y concisos, alegres por su llegada, orgullosas de su valentía, reviviendo una tradición centenaria. El repiqueteo de la lengua entre los labios, acompañado de palmas, pífanos y panderos, llenaba el ambiente de alborozo.

La expedición española de 1885 instaló un almacén en la bahía de Villa Cisneros, al que

llamaron “la factoría”. En principio todos los proyectos requerían la colaboración de los jefes locales, los cheikh de cada cábila. Parecía necesario, por tanto, evitar el escenario que enfrentaban al sur los franceses. Tratando de imponer la soberanía efectiva al norte del río Senegal, en Mauritania algunos *chej* se habían prestado a colaborar pensando en obtener supremacía sobre sus competidores. Pero la imposición de estructuras administrativas, con elevados impuestos, control de pozos, estricta designación de tierras para el pastoreo y burocracia centralizada, cercenaba la libertad de hombres sin otros límites que su propia voluntad. La rebelión armada había surgido imposible de controlar, con costes inasumibles para la opinión pública entre los legionarios. La resistencia se planteó como una *Yihad* contra el infiel ocupante. Intentando evitar enfrentamientos, el aragonés Emilio Bonelli, jefe de la expedición española, dio órdenes precisas de no interferir ni provocar altercados con las cábilas. Aparte de enviar patrullas en camello —*meharis*— en busca de riquezas minerales, su intención era desviar la ruta caravanera que estaban aprovechando los británicos desde la factoría de Tarfaya, al sur de Marruecos. Competir con ellos debería ser fácil si se alcanzaba la amistad de los lugareños. Y esta simpatía podría conseguirse introduciendo las ventajas del mundo occidental sobre los atrasados camelleros. A más prosperidad más confianza. A mayor confianza mejores acuerdos. Con la atracción del comercio y el apoyo de los jefes locales, la instalación de la industria minera, el abastecimiento de la flota pesquera canaria y la creación de saladeros y envasadoras de pescado, la colonia generaría una producción barata y provechosa para el mercado peninsular, mientras las manufacturas nacionales encontrarían nuevos mercados en monopolio. España por fin se volcaba en el comercio con el Sahara, tal y como había propuesto el sagaz Cristóbal Benitez al terminar en Mogador su libro de viajes: “cuando mis compatriotas comprendan el porvenir de aquella factoría y las ventajas que pueda reportarles...”.

El texto de Berlín se había limitado a otorgar a Francia y España los derechos sobre el Bidán, urgiendo a hacer efectiva la ocupación y dejando a sus autoridades la decisión del reparto. La cuestión, como es lógico, afectaba las dimensiones de Argelia, un territorio que los franceses gobernaban sin conocer exactamente los confines. Habrá fricciones, pero los dos países no se harán la guerra sino que colaborarán y alcanzarán acuerdos. En 1900 se dibujaron las fronteras rectilíneas sobre el mapa, fuente de actuales conflictos. En 1904 terminaron las inspecciones sobre el terreno y se rubricaron las cartas geográficas. En la Conferencia de Algeciras de 1906 se aceptaron los tratados de forma solemne. Mauritania y sus minas de hierro quedaron para los franceses, el fragmento seccionado entre Cabo Blanco y Cabo Bojador pasaba a ser el Sahara Español. En este preciso momento y no antes, según explica Alejandro García, se acuña el nombre de pueblo saharauí para quienes quedan del lado hispano. Anteriormente cada *chej* sanhaja y su grupo era conocido por el nombre de su clan familiar o cábila, fueran Ulad Delím, Ulad Tidrarín, Erguibi, Delimí, Izarguien, Arosí o Beri Kalá. Por suerte, la monografía que no encontré para las colonias tropicales existía en el caso que ahora nos ocupa. Nutrida de pequeños episodios y con detalles explicativos sobre la vida del nómada en el implacable desierto, fruto de numerosas tardes conversando alrededor de la bandeja del té en los campamentos de Tinduf, Alejandro García nos ofrece en *Historias del Sahara* un completísimo recorrido por una memoria colectiva repleta de personajes ya míticos empeñados en lograr la independencia por todos los cauces posibles. Por encima de lo narrado, hay dos o tres ideas que aparecen evidentes desde las primeras páginas. Por un lado el gobierno español se mostró especialmente incompetente, incapaz de gestionar de forma cabal los problemas a los que también se enfrentaron con distinto resultado otras potencias, con mayor ineficacia durante el periodo de dictadura franquista. Es cierto, como veremos, que el Sahara se apuntó varios éxitos en el terreno del desarrollo sobre esquemas sociales importados, aunque esto ocurrió a pesar de negar protagonismo a las voces de quienes

podían haber proporcionado salidas pacíficas pactadas. Esta patente ineficacia condujo finalmente al punto sin salida en que se encuentra en la actualidad el contencioso del Sahara Occidental. Incapaces de concebir soluciones, agazapados tras los beneficios y obcecados en el discurso paternalista, los gobiernos de la dictadura permanecieron en una ensoñación dieciochesca que creyeron eterna, hasta que de improviso el caudillo Franco entró en el taller de desguace y, aprovechado el momento de indecisión, Marruecos se lanzó sobre el territorio colonial español con la esperanza de recuperar los sueños imperialistas de anteriores etapas de grandeza. No hubo respuesta. El pueblo del Sahara quedó sin tierra demasiado tarde, como dice García, cuando ya no cabía un nuevo estado en el orden estatal y fronterizo impuesto sobre África. En segundo lugar, resulta evidente que aquel desierto atlántico fue objeto de ambiciones y manipulaciones continuas desde todos los frentes posibles. Los habitantes, adaptándose a las circunstancias, utilizaron los medios que tuvieron a su alcance para salvaguardar la identidad y conservar el derecho sobre sus tierras, incluyendo las negociaciones, el socialismo, la voz de la tradición, de las mujeres y finalmente la violencia.

Continuemos con el libro de García para trazar paralelismos y establecer diferencias. Los franceses habían encontrado fuerte resistencia a la conquista militar del desierto desde la década de 1850, los españoles de Villa Cisneros tan solo cuatro meses después del desembarco de 1875. Guerreros de la cábila Ulad Delím asaltaron la factoría —salían al *ghazzi*, decían ellos—, matando y saqueando los almacenes. Diferentes ataques se sucedieron entre 1887 y 1892, aunque Bonelli llegara a alcanzar algunos acuerdos. El problema estaba en el comportamiento de su lugarteniente, el capitán Julio Cervera, quien debía ratificar los pactos con los jefes y elevaba informes al gobierno. En sus reportes Cervera refleja una profunda inseguridad, transmite un irracional temor al desierto, demuestra una desconfianza paranoica hacia los nómadas. Fue finalmente el sucesor de Bonelli, Francisco Bens, considerado el artífice de la colonia, quien encauzó la situación. Permaneció durante veintidós años en Villa Cisneros, entre 1903 y 1925, llegando a enamorarse de la vida y la cultura del desierto. El experimentado militar de la guerra de Cuba demuestra en sus escritos un conocimiento acertado del temperamento beduino. Naturalmente necesitaba aquella estrategia, pero se le veía cómodo practicando las costumbres de los camelleros. Consiguió ganar un nombre de prestigio utilizando la hospitalidad, ofreciendo grandes banquetes a los *chej* de las cábilas en su residencia. Viajaba por el interior en camello sin escolta, dormía en las jaimas, comía en las bandejas, aprendía la lengua, escuchaba las historias, su forma de proceder contrastaba tremendamente con la actitud que mostraban los vecinos franceses, cubriendo de sangre las dunas. Los *chej* le admitieron como jefe cristiano, *chej nasraní*, y contaron con él para tomar decisiones. Fue el último de los románticos, dice García, tras él solo llegaron funcionarios y militares.

Pero las expectativas comerciales no se cumplían. Desde 1920 Bens empezó a pensar que todos sus esfuerzos podrían estar cerca del fracaso. Aparte de Villa Cisneros, los españoles contaban con factorías en Tarfaya, de donde marcharon los británicos, y la Güera, fundada aquel mismo año en el extremo de la península de Cabo Blanco, repartida en dos mitades a lo largo con los franceses. El principal inconveniente era que no aparecían las caravanas y, por consiguiente, el volumen de negocio no crecía. García nos ofrece una ilustradora lista de los objetos del intercambio monetario por medio de la utilización del duro de Alfonso XII y de Isabel II, el *fonsu* y el *sabil* para el saharauí. Los almacenes acumulaban comida, principalmente azúcar, arroz y té, paños de algodón blanco y añil, ropa como chilabas, albornoces, babuchas y gorros adquiridos en las plazas marroquíes. Anillos y brazaletes se vendían para el adorno personal. Los elementos del menaje tenían mucha salida, entre ellos los calderos, bandejas, cazuelas, fiambreras, cuchillos, tijeras, navajas, teteras, vasos, cucharillas, lámparas de petróleo y su combustible. También las mulas, burros, caballos y

las barras de hierro y acero. Por supuesto, el capítulo de armas proporcionaba las solicitadas pistolas, rifles y escopetas de caza, junto a la munición. Por la parte beduina, esperaban que los comerciantes aportaran grandes cantidades de cabras, kilos de las lujosas plumas de avestruz y de pieles curtidas diversas. Quizás lo que más decepcionaba era el escaso flujo de oro, un milenario comercio roto por los franceses con la ocupación armada del río Níger. Con este intercambio bastante reducido, las factorías españolas no tuvieron más remedio que centrarse en la venta de carbón a los vapores que se dirigían a la Guinea y el abastecimiento de las tripulaciones de la flota pesquera canaria. En esta época se reforzó la difusión de la cultura española por medio de una estación de radio dirigida por las autoridades y se implementó la conexión con las Islas Canarias y la península por medio de la conexión postal aérea. En Francia se había fundado la Aeropostale en 1918 y en 1925 pilotos como Antoine de Saint-Exupéry alcanzaron San Luis. Desde allí, todavía durante unos años, el correo se embarcaba hacia Latinoamérica. Los españoles hacían lo propio en 1927 tras la aparición de Iberia con los Junkers de tecnología alemana, tomando tierra en el campo de aviación de La Güera, en Cabo Blanco. Tan solo tres años después el aviador Jean Mermoz consiguió aterrizar a duras penas en la ciudad brasileña de Natal, tras un vuelo de trece horas y media desde la base de San Luis y varios pioneros descansando en el fondo del océano.

En el ámbito de la colaboración con los franceses, las autoridades galas habían exigido el blindaje de la frontera española. No podrían detener los *ghazzi* si los rebeldes encontraban refugio en territorio donde no les estaba permitido perseguirles. En 1905 el *chej* de Smara había llamado a la *Yihad* contra los infieles, asaltando sin piedad puestos militares franceses y destruyendo las comunicaciones radioeléctricas. Las escaramuzas fueron frecuentes contra los dos países ocupantes hasta 1912, cuando la legión francesa hostigó y arrasó el recién fundado enclave caravanero de Smara, sustituyendo a los líderes. La operación no había gustado mucho en Madrid pero finalmente, tras medidas protestas, comprendieron que la represión de la resistencia precisaba de la alianza de fuerzas. Este estado de guerra se mantuvo hasta 1934, cuando militares de la coalición se reunieron con los notables de las cábilas para alcanzar un acuerdo de paz. España se comprometió con Francia en la ocupación efectiva del territorio y en una estrecha supervisión de las fronteras. A los exhaustos *muyahidines*, con cerca de treinta años de guerra a las espaldas, los pozos cegados y el ganado exterminado, se les ofreció un escrupuloso respeto hacia sus bienes y ordenamiento jurídico a cambio de una paz duradera y paternalista. Y hubo acuerdo. El texto consensuado garantizaba que las cábilas podrían regirse por la *Sharía*, no tendrían que entregar sus esclavos ni sus armas, ni facilitar a las tropas españolas camellas preñadas o machos castrados para el transporte. De esta forma, una parte de los antiguos guerrilleros pasaron a colaborar con la administración colonial mientras otro grupo, con ideas contrarias al pacto, se refugió en Marruecos en espera de la siguiente oportunidad.

Poco a poco la existencia de fronteras, constituyendo zonas de influencia, comenzó a marcar diferencias entre beduinos que antes no las habían conocido. El régimen franquista apenas había tenido tiempo de centrarse en las colonias cuando estalló la II Guerra Mundial pero, como después de la contienda continuaban en el poder, el gobierno y su propaganda se volcaron sobre la mejora de las condiciones de vida de los colonizados como estrategia para acallar las voces que reclamaban mayor igualdad y derechos. La capital del Sahara Español se trasladó a El-Aaiún, los manantiales, lugar de la *Saquiya al-Hamra* donde hubo un puesto de vigilancia de la cábila Izarguien excelentemente comunicado con el sur de Marruecos y con suficiente suministro de agua para fundar una ciudad, aunque un tanto alejada de la costa. Entre este momento en la frontera de los años cuarenta y durante una década, la colonia funcionó como cuartel militar que ofrecía servicios civiles a la flota pesquera y las compañías de vuelos transoceánicos. La situación se revolucionó con la aparición de grandes yacimientos de fosfatos en Wadi Bucraa. Una

primera Empresa Nacional Minera del Sahara, Enminsa, localizó posibles instalaciones y preparó la explotación. Otra segunda, Cepsa, realizó grandes inversiones en busca de crudo. Enseguida, otra tercera empresa específica fue creada desde el Instituto Nacional de Industria, INI, que comenzó de inmediato la explotación instalando, con objeto de dar servicio al poblado industrial, una potabilizadora y una central eléctrica que prestará energía a El-Aaiún. La puesta en marcha de la producción de Fosbucraa, explotación a suelo abierto y cinta transportadora de 100 Km. hasta la costa, revitalizó pronto la economía de la deshabitada colonia partiendo de una gran oferta de empleo en industria y construcción. En aquellos primeros años de la década de los cincuenta se construyó la ciudad de El-Aaiún, sus avenidas y servicios. No hubo trabajos forzados salvo en casos muy concretos en ámbitos privados, si exceptuamos una esclavitud minoritaria y en retroceso. Los salarios dinamizaron el consumo y el comercio. El hospital funcionaba con personal a cargo del INI. Las escuelas enseñaban la historia de los Reyes Católicos y la Reconquista. Las universidades peninsulares concedieron becas para las mejores calificaciones. Un éxodo masivo e irreversible abandonaba la *hamada* para inundar las calles y encontrar empleo. Gran parte de la población saharauí se sintió atraída por las ventajas de Occidente. Para el año 1960 no era extraño que las viviendas tuvieran lavadora, televisión, frigorífico, cocina de gas butano y radio, importados de Gran Canaria por una nueva élite próspera en los negocios. El Seat 600 se convirtió en el utilitario de las familias, el Land Rover recorría las distancias más rápido que los camellos. Los modernos iban al cine, compraban Marlboro de estraperlo y pagaban lo que fuera por unas gafas Ray-Ban de montura dorada. Los niños saharauís crecían mirando los programas de Pipi Calzaslargas y los Chiripitifláuticos. Cada domingo Matías Prats retransmitía los partidos de liga y, para escándalo de los mayores, un grupo de jóvenes greñudos con pantalones campana y camisas estampadas compraban guitarras eléctricas y *pick-up* para emular a los Doors y Jimmy Hendrix fumando cigarros de grifa. Extrañamente, olvidadas las justificaciones de Berlín, el respeto hacia la idiosincrasia local permitía que los ricos hicieran ostentación pública de sus esclavos negros. Nadie decía nada salvo los propios afectados. Durante unos pocos meses posteriores a su apresamiento y adquisición todavía albergaban aterrorizados la posibilidad de ser devorados por sus amos del desierto, como en la infancia les habían asegurado.

La nueva economía, impuesta y aceptada por amplios sectores, transformaba el orden social tradicional. El individualismo se imponía sobre la solidaridad y la participación característica del clan. No había discriminación entre cábilas, por ejemplo, para conseguir empleo, ni siquiera para los esclavos liberados. Las familias que habían quedado en Marruecos, Mauritania y Argelia, veían cómo, con empleo y salario, sus amigos del Sahara Español gozaban del dinero y el acceso a los bienes de consumo. García ofrece sorprendentes datos proporcionados por el Banco Mundial en 1974. En aquella fecha los habitantes del Sahara Español alcanzaban el nivel de renta *per cápita* más alto de toda África, si descontamos las comunidades blancas de Sudáfrica y Zimbabue. Mientras en Mauritania rondaban los 180 dólares, en Marruecos 270, Túnez 380, Argelia 430 y Libia 1830, la colonia española arrojaba una cifra de 2550 dólares por persona al año. Este significativo despegue económico se debía, entre otros motivos, a que las autoridades coloniales, al comprobar lo ocurrido en el resto del continente, multiplicaron los presupuestos destinados a las colonias en un cinco mil por ciento en el periodo entre 1960 y 1975. Por medio de este atractivo y caro sistema esperaban desactivar el independentismo. Con ese dinero se construyeron escuelas, hospitales, puertos, aeródromos, seis mil kilómetros de carreteras y se pagaron sueldos de militares y empleados públicos, entre ellos los de Fosbucraa. Otro de los motivos principales de desarrollo fue el enorme beneficio obtenido de la compra de todo tipo de productos en el paraíso fiscal de las Islas Canarias, a la venta en los zocos del desierto, un negocio al que se

entregaron numerosos saharauis.

Durante el siglo de la expansión imperialista la debilidad de los sultanes marroquíes había suscitado el interés de las potencias europeas por el control del estratégico territorio tingitano. Francia, que ya controlaba Argelia, pudo llegar a un acuerdo con el Reino Unido para permanecer en Marruecos a cambio de permitir un Egipto británico. Las aspiraciones españolas, con una tradicional presencia en los presidios costeros, no se vieron completamente satisfechas hasta la firma del Tratado de Algeciras de 1906, cuando franceses y españoles se dividieron las zonas de influencia. Junto con representantes marroquíes, ambos ocupantes se reunieron poco después en Fez para establecer legalmente en régimen de protectorado sus dominios. Francia se adjudicaba el grueso del actual Marruecos, con Fez y Marrakech, mientras España controlaría dos provincias separadas: en el Magreb, la zona de Tánger, Tetuán y el Riff. En los límites del río Draa, las comarcas de Sidi Ifni, Tan-Tan y Tarfaya. Bajo esta situación de protectorado se producirán aislados y esporádicos episodios de resistencia armada —notablemente la desastrosa derrota de Annual contra el líder rifeño Abd el-Krim—, que tan solo pudieron ser momentáneamente apaciguados con los bombardeos químicos realizados tras el Desembarco de Alhucemas de 1925. El reparto de Marruecos en régimen compartido se mantuvo durante la Guerra Civil española y a lo largo de la II Guerra Mundial con ligeros cambios, hasta el momento en que las reclamaciones de igualdad y derechos de los colonizados fueron evolucionando progresivamente hacia la independencia, finalmente conseguida por Mohamed V en 1956. Es obligatorio mencionar que, surgiendo entre los militares destinados en África, la sublevación fascista de 1936 contó en la península con las temidas tropas rifeñas en las batallas contra las unidades de la II República. En este sentido, Franco no hizo otra cosa que recurrir a la vieja estrategia utilizada por el partido arriano del difunto Vitiza. Sin embargo, su estirpe no soporta la maldición de la historia oficial.

Impulsado por el deseo de libertad, durante este último periodo el Ejército de Liberación Marroquí se había nutrido de jóvenes procedentes de las familias saharauis exiliadas en Marruecos, opuestas al pacto en el Sahara Español. Conseguida la independencia, Mohamed V había admitido el reciclaje de una parte de aquellos soldados rebeldes en las filas de las fuerzas armadas, mientras otro pequeño grupo, postulando la definitiva liberación de Mauritania, Argelia y el Sahara, aprovechó los donativos del heredero al trono para continuar con la insurrección armada. Apenas un año había transcurrido cuando la situación de continuos ataques sobre objetivos españoles y franceses forzó medidas drásticas. De común acuerdo, las tropas conjuntas realizaron en 1957 unas maniobras de limpieza y castigo que los franceses bautizarían con el expresivo nombre de Operación Escobonazo. Con devastadores bombardeos de artillería sobre los poblados y campamentos utilizados por los rebeldes, la estrategia hizo huir a centenares de familias hacia Marruecos, cerrándose a continuación la frontera. Estos acontecimientos, lejos de unir a los sanhajas, provocaron una profunda división entre distintas comunidades. Por un lado quedaron los partidarios de la resistencia y el enfrentamiento armado, por otro la población occidentalizada del Sahara, para quienes sus violentos compatriotas del otro lado de la frontera no eran más que jóvenes embaucados por la manipulación del heredero Hassan II.

Planteada esta situación en el Sahara y semejantes problemas en Guinea Ecuatorial, con las intenciones antes expuestas en 1958 el gobierno de tecnócratas franquistas incluyó las colonias entre las provincias integrantes del territorio español y concedió a los habitantes el carnet de identidad de todos los españoles. Centenares de beduinos aceptaron la nueva nacionalidad con el compromiso oficial del máximo respeto hacia su libertad religiosa, su ordenamiento jurídico y su tradición identitaria. Las cábilas fueron legalizadas como grupos representativos de las poblaciones y sus derechos administrativos reconocidos en

el interior de una nueva estructura burocrática. Cada una de ellas funcionaría como circunscripción electoral para nómadas en sustitución de los municipios, con el derecho al sufragio limitado a los jefes de familia. Dos ayuntamientos se establecieron para que los colonos pudieran participar en las intrascendentes elecciones organizadas por el régimen dictatorial, Villa Cisneros y El-Aaiún. El diseño se completó en 1963 con la creación de una diputación a las Cortes Generales de Madrid, con idéntica denominación de Cabildo Provincial que utilizaban en las Islas Canarias. Aquel mismo año ocuparon su escaño en la Carrera de San Jerónimo los tres primeros representantes saharauis en las Cortes: Jatri Yumani, Saila Abeida y Suelim Abdallahi. Cuatro años después se puso en marcha un consejo consultivo de notables con representación de las cábilas. La Yemáa, Asamblea General del Sahara, desconfiaba por regla general de las iniciativas de los grupos independentistas, mientras la institución era a su vez considerada traidora por los rebeldes. La administración colonial precisaba personas representativas de renombre y respeto entre los suyos. Conscientes de la situación, los *chej* seleccionados intentaron buscar un equilibrio entre las ventajas de la cooperación y el anhelo que en general la población manifestaba por su independencia territorial. Un detalle que ofrece García muestra la estrecha sumisión de esta asamblea. En diciembre de 1965 la ONU apremió oficialmente al gobierno de Franco a descolonizar al menos parte del Sahara. Cuando la noticia llegó a la Yemáa, estos respondieron inmediatamente por carta manifestando su oposición: “El pueblo saharauí declara, a través de sus auténticos representantes, que desea seguir indisolublemente unido al estado español... pero ello no excluye la posibilidad de que los saharauis puedan acceder en el futuro a una independencia total, pidiéndola simplemente a España, cuando dispongamos de los dirigentes competentes y los medios económicos adecuados”. Parece evidente que la Yemáa, si bien colaboraba, también contemplaba la constitución de un estado-nación viable a través de una economía en expansión, con estructura administrativa y política importada de Occidente, como había ocurrido cinco años antes en las naciones creadas en África a partir de las iniciativas descolonizadoras.

Mientras se avanzaba en este sendero, inédito hasta el momento en la historia africana, la resistencia armada, *Dij Tahrir*, con apoyo de Hassan II alargaba el goteo de atentados y asesinatos refugiándose en los enclaves, ahora marroquíes por cesión, de Tan-Tan y Tarfaya. Nadie dudaba que el soberano alauita deseaba sacar partido de las grandes inversiones españolas en el codiciado Sahara, buscando por todos los medios la anexión con un discurso propagandístico enfebrecido hacia las masas populares que nos debe sonar repetido: “Lo que una vez me fue arrebatado quiero reconquistarlo”. Por el contrario, desde la perspectiva saharauí parecía cada día más evidente que todos los grupos, rebeldes o colaboracionistas, preferirían la independencia, o en su caso incluso continuar como provincia española, antes de caer en las garras del rey de Marruecos. Evidentemente, como en tantos otros asuntos, España quedaba atrasada en la descolonización con respecto a Europa, pero como vemos tampoco desde la colonia empujaron mucho en este sentido. Por otro lado, el *Dij Tahrir* era perfectamente controlable. Una política de acuerdos con Hassan II hubiera permitido una agenda descolonizadora que hubiera terminado por desactivar los argumentos de la resistencia. En 1970 todas las posibilidades continuaban abiertas, pero también todos los protagonistas prefirieron jugar sus cartas buscando de forma irracional el propio interés ante cualquier otra consideración. Recalco lo de irracional por la enrevesada torpeza demostrada.

Pocos parecieron conscientes de lo que estaba en juego, un problema humano de enormes proporciones que sigue sin solución bien entrado el siglo XXI. Y la injusta desaparición de uno de los personajes, quizás el más indicado para alcanzar el silencio de las armas, el que hubiera podido ser el Nkrumah o el Nyerere del Sahara, condujo la situación hacia un



proceso de deterioro que no cesa de agravarse en nuestros días. De ahí la desazón heredada por generaciones. Todo ocurrió un domingo festivo en la conmemoración de la “gran suerte” de haber sido extendido el número de las provincias españolas. Sidi Ibrahim Bassiri obtendría, sin proponérselo, el papel principal en la tragedia. El todavía veinteañero erguibi había nacido mientras los proyectiles de la Operación Escobonazo volaban sobre su cabeza. Con su gran familia casi al completo tuvo que exiliarse al sur de Maruecos, donde comenzó una formación que le llevaría a tomar contacto con los movimientos árabes socialistas, laicos y panarabistas, de Siria y Egipto, del Partido Baaz y Gamal Abdel Nasser. Después de viajar por Damasco y El Cairo, de regreso en Marruecos en 1966 Bassiri encontró un discurso oficial que no admitía salvo la versión oficial de la reclamación de soberanía alauita. Una fuerte censura impedía hablar siquiera de un Sahara independiente. Las voces de la rebelión armada quedaban enterradas en la arena antes de traspasar el Atlas. Bassiri se atrevió a expresar lo que muchos deseaban, rebasando los límites de la libertad de expresión impuestos por Hassan II. Simplemente, en una revista estudiantil reclamó la independencia del Sahara. Amenazado y prófugo de la justicia marroquí, el joven comunista cruzó escondido la frontera para instalarse en la casa de su hermano en Smara. En una pequeña salita instaló una escuela destinada al adoctrinamiento de rebeldes, jóvenes deseosos de seguir sus innovadoras consignas. Muy admirado e instruido, Bassiri sabía que los objetivos de la liberación precisaban de la correcta integración de las diferentes corrientes de opinión. Por un lado necesitaba la aprobación de los jefes de clan reunidos en la Yemáa, junto con el apoyo de la población occidentalizada. Por el otro estaban los jóvenes que le presionaban hacia una rápida independencia por el camino de las armas. El joven erguibi estaba dispuesto a todo, incluyendo la negociación. Su agenda de plazos, con un horizonte situado a quince años, podía haber sido asumida por cualquier gobierno colonial europeo, menos por la dictadura del Generalísimo Franco. Iluso, Bassiri pensó que el gobierno de Madrid debía ser consciente del inevitable proceso de descolonización. Ni él ni su círculo más cercano querían ser responsables del gran coste en vidas que supondría el enfrentamiento abierto entre una guerrilla y un fuerte dispositivo militar. Los *chej* apostaban por un proceso gradual. Y todos, españoles y saharauis, tenían claro que la independencia no llegaría hasta que las grandes inversiones industriales hubieran sido rentabilizadas. Según los cálculos de los tecnócratas en el gobierno, este momento podría llegar en 1978, casi cinco años antes de lo planteado por Bassiri. Si todo hubiera ocurrido con normalidad, los saharauis disfrutarían hoy de tierra y libertad.

A consecuencia de los amplios apoyos que suscitaba su presencia clandestina en Smara, Bassiri fundó en secreto un partido leninista que llamaría *Harakat Tahrir*, logrando armamento y entrenamiento militar para los militantes con ayuda del gobierno argelino. Un año más tarde, con siete mil afiliados, era imposible evitar entre las filas la presencia de espías enviados por los servicios de inteligencia. Bassiri traspasaba de nuevo la legalidad, pues en la España franquista no estaban permitidas las reuniones secretas ni los partidos y mucho menos el leninismo. La capacidad represiva del régimen era enorme y Bassiri lo sabía. Aquel fatídico domingo de conmemoraciones oficiales todo el pueblo saharauí estaba invitado a un banquete en la Plaza de África de Al Aaiún. El comité político del *Harakat Tahrir* decidió aprovechar la ocasión para organizar una manifestación ilegal en la plaza de Zemla con pancartas en favor de los derechos y la independencia. Bassiri, dice García, previno y se opuso, consciente del peligro que podían correr dirigentes y manifestantes. Convenció al comité, pero estos no cancelaron la convocatoria sino que le aconsejaron esconderse durante un tiempo. Bassiri, por supuesto, no quería que le tacharan de cobarde, decidió permanecer en un furtivo domicilio de Al Aaiún. La mañana del 17 de junio de 1970 gentío de todos puntos de la colonia apareció con pancartas en las afueras de la ciudad. Poco a poco fueron concentrándose en número cercano a los dos mil

en la plaza con las pancartas y consignas. Al poco, un emisario del gobernador Pérez de Lema se acercó invitándoles oficialmente a las conmemoraciones, pero los portavoces reclamaron la presencia de la autoridad para entregar un documento con reivindicaciones. Tras un buen rato el mismo Pérez de Lema hizo acto de presencia bajo el sol, con fiado y sin escolta. Dos personas se adelantaron y leyeron en su presencia el texto que después le entregarían. A continuación el gobernador se dirigió a la multitud en tono paternalista: “Quiero deciros que españoles y saharauis somos hermanos. No debemos lavar la ropa sucia delante de extranjeros [se refería a la prensa internacional]. Sois como mis hijos y comprendo vuestro deseo de discutir, pero este no es el momento. Yo soy aquí en el Sahara como Franco en España, un capitán que debe conducir la nave a buen puerto. Ahora os ordeno que os disperséis”. Terminó, dio la vuelta y marchó. A las cinco de la tarde la gente todavía esperaba en la plaza cuando apareció el delegado del gobierno con un destacamento de la policía. Unos jóvenes hicieron ademán de querer dirigirse hacia ellos pero fueron atrapados y arrestados. Una lluvia de piedras se abatió sobre los sorprendidos agentes abriendo una brecha en la cabeza del delegado, quien fue retirado hacia el botiquín de urgencia. A las siete y media apareció un batallón de la legión al mando del capitán Díaz de Arocha, instalando sacos terreros y ametralladoras de combate. El militar hizo una primera advertencia que fue rechazada con nueva lluvia de insultos y pedruscos. Entonces se escuchó la orden de abrir fuego. Los soldados vaciaron los cargadores sobre una multitud despavorida e indefensa. ¿Intifada? ¿Armas de repetición contra piedras? En minutos la plaza mostraba un panorama de zapatos olvidados, prendas humeantes, cuerpos retorcidos y heridos pidiendo auxilio. El balance oficial de la tragedia, emitido pocas semanas después, arrojó una decena de fallecidos, cientos de víctimas tratadas en los hospitales y una inesperada cantidad de desaparecidos. Extraño paternalismo el que ametralla a sus hijos.

Durante aquella misma noche, policías y ejército registraron los barrios de Al-Aaiún entrando en las viviendas con porras y fusiles en ristre. Una oleada de detenciones indiscriminadas condujo a los calabozos a cientos de sospechosos. Bassiri, al tanto de lo ocurrido, recibió en su domicilio una visita inesperada. Era el diputado y presidente de la Yemáa Jatri Yumani, pidiéndole que serenase la situación. A las tres de la mañana la policía irrumpió y lo detuvo, pasando a engrosar el número de desaparecidos. Nunca más se supo su paradero. Según las autoridades, Bassiri fue tan solo recluido durante unas horas y liberado en la frontera de Marruecos. Diferentes testimonios recabados con posterioridad desvelaron finalmente la cruel y vergonzosa realidad de lo ocurrido. El hombre en el que recayeron las esperanzas de gran parte de la población saharauí fue torturado brutalmente hasta la extenuación. Entonces fue transportado a un campo de dunas al oeste y fusilado impunemente. Con su muerte nació la leyenda, pero también la dinámica de los hechos cambió radicalmente. La resistencia se reorganizó con nuevas energías. La Yemáa dejó de creer en una convivencia basada en el respeto y la colaboración.

Para cumplir nuestras intenciones nos basta con lo narrado. El resto de la historia hasta nuestros días es mejor conocida, en cierta forma no será más que la desalentadora repetición agravada de lo ocurrido en el año setenta. De forma mucho más general y resumida podemos recorrerla. El testigo de Bassiri fue retomado por Al Wali Mustafá Sayed, conocido como Luali, un joven de semejante recorrido al de su predecesor, formado en Marruecos y Europa bajo la influencia del parisino Mayo del 68. Detenido y torturado tras su regreso a Marruecos por reclamar la independencia de su tierra, el joven Luali fundó una guerrilla revolucionaria con el esquema de los movimientos leninistas: una nomenclatura con secretario general, comité ejecutivo y buró político, y un ala militar encargada de planificar las operaciones. El Frente Popular para la Liberación de la Saquiya al-Hamra y el Río de Oro, Frente Polisario, hablaba de una sociedad utópica sin diferencias sociales en la que los medios de producción serían propiedad del proletariado y las

inservibles estructuras tradicionales quedarían derribadas. Su cometido principal estaría en hostigar al ejército español hasta que los colonizadores abandonaran sin condiciones el Sahara, pero apenas tuvieron tiempo de ponerse en marcha cuando sus enemigos habían cambiado. Alineados en la estela de Fidel Castro y Ché Guevara, sus dirigentes repetían las mismas consignas que se escuchaban en los movimientos de liberación de las colonias portuguesas. Sekú Turé, Patrice Lumumba, Kwame Nkrumah, Amílcar Cabral, Agostinho Neto y Eduardo Mondlane, fueron sus modelos en la hermandad panafricanista de los pueblos en busca de emancipación. En mayo de 1974 recibían el primer cargamento de armas de última generación de la mano del líder libio coronel Muammar el-Gadafi y unos meses después comenzaban sus atentados, secuestros y enfrentamientos contra las unidades de *meharis* coloniales intentando hacer el máximo de ruido y propaganda. El año terminaba con las autoridades españolas sorprendidas por la violencia y con las manos atadas por la enfermedad final del dictador Franco. Teniendo en cuenta la situación, el gobierno de Arias convocó en Madrid a mauritanos y marroquíes para llegar a un acuerdo de descolonización que diera satisfacción a todas las partes. No es que hubieran olvidado Argelia, es que Marruecos no se hubiera sentado con su presencia. Los Acuerdos de Madrid de noviembre de 1975, juzgados nulos de pleno derecho por la ONU, transferían la administración de la colonia a un gobierno tripartito integrado por los firmantes, pero no hablaban de soberanía. A continuación, Hassan II organizó la Marcha Verde de la esperanza, situando trescientos cincuenta mil voluntarios subvencionados en la frontera, ayudados por veinticinco mil soldados, con la idea de ocupar “pacíficamente” el territorio. Su principal aliado en Occidente, el presidente republicano Gerald Ford, callaba en los foros públicos mientras proporcionaba el abastecimiento de material bélico sin mostrar aspavientos. Frente a la multitud enfebrecida, el ejército español recibió órdenes de no causar una masacre. En los momentos en que Franco pasaba de este mundo, Hassan II permitía el despliegue de columnas de tanques rodeadas de nuevos colonos exultantes e impacientes por agarrar las oportunidades que les brindaba su magnánimo soberano. Los mauritanos hacían semejante movimiento desde el sur, tomando un tercio del Sahara, mientras el alauita controlaba los dos tercios septentrionales. En el plazo de un año, España se retiró por completo de la colonia dejando a sus “queridos hermanos” abandonados a su suerte.

De improviso, sin que nadie hubiera contado con su opinión, el pueblo saharauí se encontraba bajo la ocupación de dos nuevos amos que nunca hubiera deseado. Y el Frente Polisario, en consecuencia, pasaba a tomarlos por enemigos a expulsar. En una de aquellas arriesgadas operaciones de ataque moría Luali, un nuevo mártir para la causa, otra leyenda que contar en la noche del desierto. En aquel año 1976 los guerrilleros del Polisario daban golpes inesperados a larga distancia utilizando todoterrenos artillados, regresando después al corazón de la *hamada*. El objetivo fue el mismísimo palacio presidencial de Nouakchott, bombardeado con fuego de mortero en una maniobra de osadía inconcebible. Pero algo falló en la retirada y fueron alcanzados y neutralizados por el fuego de las unidades rastreadoras. Semanas antes de morir en combate, el líder había tenido tiempo de hacer un célebre discurso repetido por la emisora de los revolucionarios. En él anunció la creación de la República Árabe Saharaui Democrática, RASD, con la intención de dotar de administración estatal al pueblo saharauí. El mismo Luali sería el primer presidente de un gobierno sin tierra y en el exilio apoyado por Argelia, reconocido en la actualidad por cerca de ochenta países y admitido en el seno de la Organización para la Unidad Africana. La potencia operativa del Polisario fue aumentando durante tres años, hasta que finalmente el presidente mauritano reconoció formalmente la imposibilidad de continuar conteniendo la rebelión. Derrotada, Mauritania renunciaba a sus reclamaciones y firmaba la paz con los saharauíes en 1979. Durante el repliegue evitaron el desalojo de la península de Cabo Blanco donde se encuentra la Güera, hoy una ciudad fantasma bajo

control de Nouakchott. Aprovechando la retirada de los mauritanos, Marruecos desplegó los tanques hasta la frontera meridional del Sahara con el beneplácito de los Estados Unidos. De esta forma consiguieron la ocupación y la administración de hecho, aunque sin respaldo internacional ni fundamentos legales que justificasen sus reclamaciones. Esta situación fuera de derecho quedó de manifiesto en sentencia emitida en el Tribunal Internacional de Justicia de La Haya, a requerimiento del propio estado marroquí. Pensando contar con argumentos suficientes para respaldar la versión que Hassan II vendía a su pueblo, los abogados del estado aportaron documentos que podían demostrar antiguos vasallajes sanhajas a los reyes marroquíes, lo que llamaban "derechos históricos". El veredicto contrario a las tesis marroquíes no fue difundido por la prensa. En aquellos años la confrontación se convirtió en una guerra abierta en la que el ejército marroquí se impuso realizando bombardeos indiscriminados sobre los campamentos saharauis, con napalm y fósforo blanco de los norteamericanos. Semejante barbarie puso en fuga a las poblaciones hacia el otro lado de la frontera argelina al enclave caravanero de Tinduf, donde instalaron hasta hoy su campamento de refugiados. La localidad funcionaba como apartado lugar de reposo para el guerrillero, fábrica de reposición demográfica y centro para el desarrollo y puesta en práctica de la teoría leninista. Con una proporción menor de hombres a causa de las bajas en combate, la nueva estructura social no podía prescindir del alto porcentaje femenino de la población. A cargo de todos los aspectos de la vida cotidiana, pronto tuvieron acceso a cargos políticos. Escuelas, centros de salud, representación internacional, las mujeres saharauis demostraron ser tan eficaces como los hombres y ganaron un lugar preeminente en el organigrama del estado en el exilio. Sin pensar mucho en la ortodoxia leninista, por cuanto supone la pervivencia de las tradiciones, continuaron con sus cantos de alegría cuando los hombres volvían del *ghazzi*. Desde aquella base de operaciones en Argelia la RASD prosiguió la lucha por medio del brazo armado Polisario pero, como ya quedaban fuera del territorio, en 1982 Hassan II ordenó la construcción progresiva de una línea de terraplenes defensivos para impedir las incursiones guerrilleras. Partiendo de la circunvalación de Al Aaiún, la muralla artillada fue creciendo hasta trazar por completo una frontera que, a lo largo de dos mil kilómetros, cierra y separa de norte a sur la región costera del Sahara interior. Terminada en 1987, en la zona oriental quedaron los territorios liberados bajo control y gobierno de la RASD. El muro del Sahara Marroquí cuesta al gobierno del actual monarca Mohamed VI alrededor de un millón y medio de dólares al día para que 150.000 soldados vigilen gigantescos sembrados de minas norteamericanas donadas a la posteridad.

La dinámica de guerra abierta se prolongó hasta 1991 con el muro disuasorio de por medio. Aquel año la ONU auspició una serie de contactos secretos que condujeron a la firma de un alto el fuego temporal entre Marruecos y la RASD. La administración ocupante se comprometió a facilitar la organización al año siguiente de un referéndum de autodeterminación bajo supervisión de la MINURSO, una misión militar de la ONU diseñada específicamente para vigilar la tregua y lograr una descolonización efectiva y pacífica del Sahara por medio de la consulta popular. Así lo estableció una resolución del pleno de la Asamblea General, reconociendo el derecho a decidir de los propios saharauis. Sorprende la impunidad y desfachatez con que el soberano marroquí alzó inmediatamente todos los impedimentos posibles para realizar el censo de votantes, mientras el Polisario cumpliendo su parte abandonaba la lucha armada. Con una gran porcentaje de la población saharauí en los campamentos de Tinduf y las ciudades vigiladas por súbditos de la corona, la estrategia consistía en introducir por todos los medios un alto porcentaje de votos favorables al proyecto del Gran Marruecos. Por este procedimiento de lograr aplazamientos, la celebración de la consulta pareció un proyecto inviable con el pasar de los meses. Nuevas propuestas aceptadas por el Polisario fueron rechazadas por Marruecos y viceversa. Tampoco se podría repartir el territorio, el soberano lo gobernaba y deseaba

al completo. Entonces Marruecos propuso un plan perfecto para sus intereses y del todo contrario a las resoluciones de la ONU. Previo acuerdo para obtener legalmente la soberanía, el reino concedería una amplia autonomía política a los representantes del pueblo saharauí. Un proyecto que fue de inmediato rechazado por la RASD, aunque al parecer comienza a ser considerado por los implicados en acuerdos comerciales con Rabat la única salida factible: España, Francia, la Unión Europea y los Estados Unidos. De esta forma comprobamos, para oprobio de Occidente, que asuntos puntuales como la inmigración clandestina, las células terroristas, la pesca y la agricultura, obtienen mayor relevancia que las resoluciones y los derechos humanos. En la actualidad sigue sin vislumbrarse una salida para el problema originado por una descolonización fallida. El estatus legal y la soberanía del Sahara Occidental parece un asunto por el que nadie es capaz de comprometerse por no molestar al aliado marroquí, salvo el eterno luchador saharauí.

Si observamos la situación actual del contencioso podríamos sacar algunas conclusiones, sin poder imaginar arreglos que no pasen por el compromiso de las naciones en el seno de la ONU. Los equilibrios estratégicos en la región son complicados y llevan décadas establecidos sin contar con un espacio para uno de los últimos pueblos sin tierra del planeta. Los últimos acontecimientos —la retirada del pasaporte y expulsión de la activista Aminata Haidar, premiada como defensora de los derechos humanos, el asesinato del joven Nayim el Ghani, la devastación violenta del campamento de Gdeim Izik, donde veinte mil saharauis del Sahara Marroquí pedían el fin de la discriminación racial y laboral en su propia tierra, la posterior oleada de abusos, asaltos de comercios y viviendas, las detenciones y desapariciones, incluyendo el asesinato del ciudadano español Badi Hamadi Buyema, el control de la información por medio del cierre de la frontera a los observadores y prensa extranjera—, constituyen hechos interpretados desde Rabat a partir del trillado discurso habitual y no parece que vayan a modificar la actitud promarroquí de quienes podrían exigir una solución justa y definitiva. En nuestra opinión resultan evidentes los paralelismos. Mientras repasábamos el libro de Alejandro García no solo encontrábamos desesperantes semejanzas entre la situación actual y el pasado bajo administración colonial, sino que todo el rato teníamos la sensación de estar rebobinando la historia del colonialismo europeo y los delitos cometidos sobre los africanos. Ocupación militar del territorio, apropiación y explotación monopolista de los recursos y materias primas, grandes beneficios comerciales, imposición de una administración colonial, apoyo a la inmigración extranjera, represión y exclusión de la molesta población autóctona, negación de las culturas, sustitución y designación de representantes, huidas masivas a territorios vecinos, asimilación cultural de los colonizados, propaganda política paternalista, masacres indiscriminadas, inhibición de la justicia, supresión de las libertades y los derechos de asociación, manifestación y expresión, asesinatos impunes, limitación y control de la información, descrédito al testimonio de los enemigos de la patria, reescritura de la historia, todo ello nos hace pensar que en el siglo XXI Marruecos recurre a los mismos métodos y sistemas de colonización imperialista que los europeos utilizaron desde el siglo XIX.